

## **Cergio Prudencio: En las ruinas de la alta fidelidad**

La música en la cultura global del siglo veintiuno abre un escenario que llama la atención.

Asistimos a la extraordinaria era digital que ha revolucionado todas las instancias relativas al sonido. Para la industria masiva – cuyo alcance no tiene precedentes – los insumos tecnológicos están cada vez más optimizados en su función, y son económicos, facilitando resultados altamente acabados.

Por otra parte, la intervención directa en las instancias de grabación, edición e inclusive difusión de productos, está prácticamente al alcance de cualquier persona con acceso a herramientas de uso cotidiano. Nadie lo hubiera soñado hace tres o cuatro décadas.

Y desde la perspectiva del consumidor hoy prácticamente no hay límite de acceso a la música, cualquier fuera la preferencia. Si lo hay, es el límite del consumidor mismo. Casi todo a su alcance.

Lo paradójico de este asombroso panorama es – sin embargo – la calidad del consumo.

Escuchamos música en computadora, mayormente, o en dispositivos similares cuya definición acústica es básica. ¿De qué valen las sofisticaciones en el proceso de producción si a la hora de escuchar propiamente lo hacemos sin las herramientas proporcionales?

Un ejemplo (entre millones): en youtube el *Requiem* de Mozart, en una versión de fino nivel. Oh, sorpresa, el recogimiento tenue e íntimo de sus primeros compases simplemente no se escucha. Está fuera del rango audible de los altavoces.

La música de hoy está sometida por los soportes ultra masivos de difusión donde las sutilezas no tienen cabida. Ha cambiado la producción, y en ella predomina una sonoridad comprimida, sin matices (todo fuerte, o medio fuerte, dentro de un rango estándar de frecuencias). Y lo más alarmante es que la red no se apiada de la música creada bajo otras premisas que no las globales. ¿Es aceptable ese tratamiento en Mozart, o en los elaborados arreglos de *Sargent Pepper*, o en la maravillosa atmósfera de la *Pregunta sin respuesta* de Charles Ives, y en tantas otras exquisiteces?

La tecnología nos encandila con la idea de un mundo supuestamente mejor que el de antes, pero esto es a veces sólo una ilusión. Para nuestros padres – y todavía nosotros con ellos – escuchar música implicaba erigir una suerte de altar en el centro del hogar: el equipo de sonido. Se aspiraba a una buena marca, con parlantes envolventes, para coleccionar discosfetiche, y – lo más importante – para celebrar la escucha en acto compartido. El pick-up, el tocadiscos, la consola, el mini-componente, ofrecieron resultados ciertamente óptimos en comparación con los audífonos y altavoces ocultos de nuestras laptops. Estoy convencido.

No caben dudas, las generaciones precedentes sufrieron dificultades para producir música, y limitaciones para consumirla, pero hicieron de la “alta fidelidad” (hi-fi) un paradigma que a los muchachos de hoy se les hace arqueología.